

Geografía cultural: la gran desconocida

La geografía cultural, a pesar de tener antecedentes que se remontan al inicio de la geografía moderna (F. Ratzel), y un campo y perspectiva de estudio de extrema actualidad ante la sociedad multicultural que se intuye, es una gran desconocida en el mundo hispánico. A diferencia de los espacios anglosajón y francófono donde se ha llegado hasta a mimar esta rama de nuestra disciplina, en España son pocos los que se han aventurado en ella. El desconocimiento del campo de investigación para unos, el sentimiento del carácter escasamente científico para otros y demasiado tradicional para un tercer grupo ha llevado a su casi inexistencia en el panorama estatal.

Lejos de caer en magnificaciones, propias de todo aquel que intenta en el fondo reflejar su amor incomprendido por los demás, cabe no obstante recalcar las enormes potencialidades de este campo de estudio tanto desde un punto de vista práctico como incluso desde el debate epistemológico. El contexto multicultural del presente replantea la necesidad de entender las culturas, no sólo desde el punto de vista de lo colectivo sino también a partir de sus territorios, así como de la percepción de los mismos. La dificultad metodológica para analizar las cosmogonías y el gigantesco trabajo de campo para recoger aquellos datos que siguen aguardando a que alguien los observe, han sido dos de los principales escollos en los que tropiezan los que quieren adentrarse en dicho campo. La falta de una tradición propia lleva a su vez a la búsqueda de referentes externos.

Por todo lo expuesto, se impone la necesidad de introducir el campo de estudio, incluso desde un ámbito especializado como es un número el Boletín de la AGE, para dar a conocer cuáles son sus objetivos, cuáles son las principales líneas de trabajo y debates, así como para mostrar la árdua labor de los pocos que se arriesgaron a entrar en este universo desconocido. Esperemos que estas líneas sirvan para aportar algo más de luz sobre la Geografía cultural y quien sabe si despertar alguna vocación oculta.

El objeto de interés de la geografía cultural ha ido variando en paralelo a la evolución misma de la geografía en general, pasando del estudio de las relaciones de los seres humanos con el medio desde una óptica muy cercana a las ciencias naturales, a una comprensión de factores más sociales y económicos, hasta llegar al estudio de las percepciones. Pero en todos los casos, el interés mostrado por la importancia de la cultura en sus diversas manifestaciones ha sido siempre el mismo. A diferencia de otras ramas de la disciplina, las reflexiones de geografía cultural no definen un objeto de estudio en sí, sino que constituyen una verdadera óptica o mirada propia sobre el conjunto de las cosas, objetos y procesos sometidos a las lógicas espaciales y territoriales. La gran complejidad y omnipresencia de los valores culturales

expresados no tan solo en aspectos más visibles o materiales (construcciones), sino también invisibles (lengua, religión) y de orden subjetivo (psicología, idiosincrasias) complica terriblemente la metodología de estudio. Aunque parece claro el peso simbólico del territorio sobre los individuos y las colectividades en su identidad, no es tan fácil la definición e interrelación de métodos, o los factores que intervienen en la configuración de ese estereotipo, de esa imagen o de ese paisaje.

Cuando hablamos de geografía cultural debemos tal vez centrarnos más en una forma de pensamiento o en una mirada que vertimos sobre el espacio para darle un significado y un orden explicativo, una cosmogonía. El objeto de estudio es sencillamente el intentar entender el papel que juega el territorio, de igual forma que lo puede tener la sociedad y el individuo, en la construcción de marcos culturales. Tradicionalmente, la geografía cultural se ha centrado en estudios de localización de elementos materiales como tipos de casas, prácticas de cultivo, uso de un instrumento, expansión de una mala hierba o bien aspectos invisibles como áreas de extensión de una lengua, religión o un tipo de gestual, por citar algunos ejemplos. La utilidad de estos primeros estudios fue atrayendo más a los historiadores, mientras que desde la geografía se llegó casi a pasar al olvido de estas preocupaciones (años 1970).

El replanteamiento del mismo concepto de cultura desde la antropología, ya no como un ente estancado y folclórico sino como un motor de creación activo, en constante cambio, reabrió a partir de los años 1980 y sobretodo en los 1990 un interés por el tema desde dos ópticas distintas. Por un lado, se retomaron los instrumentos tradicionales pero ahora versados sobre nuevos temas. Esta es la línea de algunos de los seguidores de la escuela de C. Sauer (Ph. Wagner en *Re-reading Cultural Geography*) y sobretodo desde Francia las contribuciones de P. Claval. En este caso se ha optado por una relectura de los conceptos clásicos de la geografía cultural entendida como una mirada o instrumento de análisis, acercándose más a la geografía histórica y regional francesa, y a la historia en general.

Por otro lado, como herencia de la corriente más humanista, otros estudios se fueron centrando sobre las percepciones de una sociedad que se ha pasado a denominar postmoderna. La búsqueda de los nuevos modelos o pautas culturales en las grandes urbes, los modos de vida de las áreas periurbanas, la concepción del ocio, la utilización de los medios de comunicación o los mestizajes de las diásporas en la realidad multicultural del presente se convierten en objeto de estudio de lo que ha pasado a denominarse la *New Cultural Geography* (D. Cosgrove). Este enfoque se ha centrado en la comprensión de los fenómenos de la sociedad actual (fragmentaria y postmoderna), acercándose así más a la geografía social y a la sociología en general.

Ambas corrientes conviven coetáneamente aunque siguen sendas bien distintas. La geografía cultural tradicional continua considerando que la visión integrada que aporta el ángulo culturalista como instrumento es el adecuado para seguir entendiendo tanto los espacios del pasado como los presentes, mientras que en la *New Cultural Geography* se prima más el objeto de estudio puntual para entender unas construcciones espaciales que se creen distintas. Ambas corrientes permiten un rico debate en el seno de esta rama que se encuentra en pleno renacer y que promete seguir dando guerra, pues al plantear la cuestión cultural desde su raíz pone sobre el tapete uno de los centros clave de atención para las ciencias sociales.

La geografía cultural en el contexto actual de incertidumbres y de falta respuesta concisa aporta la riqueza de una amplia gama de instrumentos de trabajo y un bagaje de experiencias

idóneas para comprender la complejidad actual. La mirada culturalista en geografía tiene un enorme campo de estudio en general, pero aún más importante en el ámbito hispano. La falta de tradición ha convertido esta rica área de interrelaciones culturales en un espacio de estudio desconocido, pero que podría ser de enorme interés, para los grandes circuitos científicos internacionales que se centran más en áreas asiáticas o africanas.

En este sentido, nos encontramos con unos territorios (tanto en la Península Ibérica como en América Latina) plagados de testimonios claves para entender no tan solo la historia y las complejas interrelaciones con el pasado, sino también en el presente. Pensemos que la comprensión de los espacios desde un prisma cultural se convierte a su vez en una arma identitaria vital dentro del contexto globalizador. El descuido del área cultural ibérica en muchos estudios no es casual, sino que responde a la voluntad de menguar unas potencialidades evidentes y una forma de entender el espacio como fruto de la mezcla de culturas (mediterráneas —católica, musulmana y judía—, a las que se unen las amerindias y africanas en el caso americano). El sincretismo resultante refleja unos trazos muy propios en el territorio que están aún por estudiar. Las investigaciones en las áreas de origen hispánico de Estados Unidos (Texas, New Mexico, Arizona y California, así como Florida o Louisiana), muestran ya parte de esas interrelaciones sin tratarlas de lleno.

Se hace necesario intentar fomentar líneas de investigación en este campo dentro del ámbito ibérico o hispánico para empezar a entender las pautas y cosmologías de nuestros territorios pasados, así como para aprehender las transformaciones presentes e incluso para concebir las futuras. No nos dejemos llevar por los prejuicios del miedo a la novedad o de aproximación a objetos de difícil estudio, de mucho trabajo de campo y resultados a muy largo plazo, y pensemos más en la rica información que podremos extraer sobre nuestra propia cultura, así como en el maduro planteamiento epistemológico y metodológico que este proceso de comprensión genera. A través de su mirada reconciliadora la geografía cultural es el mejor instrumento para entender nuestros paisajes, así como para concebir nuestra disciplina desde una óptica global e integrada.

En función de estos planteamientos, de la necesidad de animar la perspectiva cultural de la geografía en España, comenzamos a plantearnos la idea de buscar un medio de expresión eficaz que transmitiese nuestros anhelos. El Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles, junto con un reducido número de revistas de la disciplina, poseen la virtud de llegar a un número de colegas muy amplio. Además, el hecho de que una organización de amplia representatividad como la AGE considerase oportuno reservar un número monográfico a la geografía cultural poseía el valor de asumir la idoneidad de promocionar sus estudios y reflexiones en nuestro país. De hecho, en el debate sobre la necesidad de contar con este número, en la Junta Directiva de la AGE se plantearon varios intercambios de ideas intentado acotar temáticamente lo que debería ser un punto de vista cultural en geografía, considerando la tradición de la disciplina en nuestro país.

Como resultado del debate generado entre las propuestas de los coordinadores, las sugerencias de los compañeros integrados en la Junta de la AGE que de alguna manera participaban en la confección del boletín, y la síntesis final de temas elaborada por nosotros, se llegaron a identificar hasta seis grandes campos de interés para la geografía cultural que se podría impulsar en España. Cabe precisar que todavía se consideraba más oportuno enumerar temas diversos, que partir de un corpus metodológico y conceptual claro para el que no

estábamos preparados (a diferencia del mundo anglófono o de Francia donde proliferan manuales, monografías y revistas de esta temática). Los seis apartados de estudio definidos en principio fueron: las identidades territoriales; las culturas y sociedades del presente; la lectura cultural del paisaje; el patrimonio cultural y la geografía; el enfoque de género en la geografía cultural, y el estudio del lugar.

En un territorio con tanta diversidad interna como España (o la Península Ibérica), resulta lógico que una de las principales preocupaciones de la geografía cultural sean las *identidades territoriales*. La interpretación del territorio como una construcción cultural, histórica o recreada en la historia. Los procesos de regionalización y de territorialización a muy diferentes escalas; el nacimiento o la desaparición de fronteras, las características socioespaciales de las áreas rayanas. Los sentimientos de pertenencia a un lugar, a una comunidad cultural, lingüística o territorial más o menos definida. Es cierto que todas estas cuestiones han sido abordadas en nuestro entorno por una potente, y renovada, geografía regional y por un conjunto de aproximaciones cada vez más numerosas que se realizan desde la geografía política. En el presente planteamiento no pretendemos que esta situación cambie, sino que el legado de la geografía cultural también participe de la investigación en estos aspectos fundamentales para la geografía de España (de la Península Ibérica, de Europa).

Sin lugar a dudas, el conocimiento geográfico de *las culturas y sociedades del presente*, también posee una enorme trascendencia. Nuestra disciplina todavía ha trabajado poco sobre los grupos culturales que existen en la ciudad, las tribus urbanas, el efecto de las migraciones recientes en determinados barrios o distritos urbanos, y el contacto intercultural. Son muy escasas las aproximaciones a la diversidad lingüística del país; a la geografía de las lenguas en un contexto de uniformización acelerada bajo el manto del inglés o un conjunto limitado de idiomas (español, árabe, ruso, francés), donde se plantean estrategias de resistencia lenguas minoritarias (euzkera, catalán, flamenco, guaraní, etc.) de fuerte raíz identitaria. La interculturalidad también se ha traducido en un renacido interés por el estudio de la geografía de las religiones (desde la escala global a la de la propia ciudad) o de nuevos temas como la componente territorial (del lugar) de los alimentos (con denominaciones de origen, hábitos culturales y festivos de consumo, rechazo a algunos de ellos en determinadas áreas, etc.). En estos temas se aprecian los resultados de un fecundo contacto entre la antropología, la sociología y nuestra disciplina.

En los últimos tiempos, se detecta un renacer de las preocupaciones por acercarse a la comprensión, el estudio y el disfrute del paisaje. En una sociedad urbana donde el cambio se ha convertido en algo estructurante, y la contemplación pausada de campos, monumentos o sectores majestuosos de montaña se presenta como una forma muy apreciada de disfrute del tiempo libre, parece normal la revalorización de lo paisajístico. Un paisaje objeto de declaraciones europeas de preservación y muy probablemente eje de las futuras políticas supranacionales de ayuda al medio rural y a los espacios dotados de riqueza histórica y patrimonial. Por eso, también incluimos *la lectura cultural del paisaje* entre los temas que se podrían abordar en este monográfico que presentamos. Desde nuestra perspectiva interesa trabajar sobre el origen y la polisemia del término paisaje. El paisaje a través de la plástica, la literatura o el cine; paisaje, patrimonio edificado y proyecto urbano. Por supuesto, el paisaje subjetivo y existencial.

Muy ligado al tema anterior, el estudio del *patrimonio cultural y la geografía* también es merecedor de atención. La geografía cultural (junto a la urbana y la regional) necesita conocer mejor el valor simbólico de los cascos históricos y los monumentos en la construcción de ciudades, núcleos de población en general y territorios. El turismo cultural, la cultura turística y las creaciones culturales en torno al turismo han alcanzado una enorme trascendencia en algunas partes de nuestro país, y cada vez se hace más preciso entenderlos en toda su profundidad. Dentro del acercamiento a la dimensión cultural del turismo las investigaciones sobre las imágenes y los folletos generados por esta actividad (y práctica colectiva) merecen beneficiarse del desarrollo de una línea de trabajo bien individualizada.

Otro aspecto en el que la geografía cultural reafirma su carácter transversal, de perspectiva de análisis del espacio y del territorio, es al favorecer un *enfoque del género* en sus aportaciones. A la rama de la disciplina que nos ocupa le interesa el léxico sobre el espacio; por supuesto, las connotaciones masculinas y femeninas en el lenguaje referido al mismo. Las historias de viajeros y viajeras, de aventureros y aventureras, en definitiva las culturas espaciales diferenciadas entre hombres y mujeres. Por último, a la perspectiva cultural en geografía siempre la ha preocupado todo lo referido al *estudio del lugar*, un tema que lejos de agotarse se ha revalorizado en épocas recientes a partir de la importancia alcanzada por el estudio de las representaciones, los espacios de la representación, las geografías de las representaciones. El término lugar no se refiere a una escala concreta, un lugar varía desde un punto definido en una calle cualquiera hasta el conjunto de nuestro planeta. En consecuencia, la geografía cultural se interesa por aproximarse al arte de la enumeración del lugar. El sentido y el sentimiento del lugar (topofilia y topofobia), la construcción histórica de naciones, regiones o comunidades a partir de lugares y acontecimientos más o menos relevantes, más o menos mitificados. La emergencia de los no lugares (terminales de aeropuertos, áreas de servicio, establecimientos de comida rápida, etc.) y sus connotaciones culturales.

Como se ha señalado, en nuestra invitación a colaborar con este monográfico del Boletín de la AGE surgían un buen número de temas que permitirían animar el desarrollo de la geografía cultural en España, aunque el corpus teórico de esta rama de nuestra disciplina no estuviese totalmente formado. Sin embargo, a partir de la llamada a la participación en la revista nos hemos llevado dos grandes sorpresas: el elevado número de contribuciones recibidas (estamos ante una cifra record del boletín), y la solidez teórico-metodológica de la mayoría de las mismas. Respecto a la primera cuestión, se detecta que frente a una no afirmación de la geografía cultural española como un ámbito de conocimiento bien percibido han proliferado numerosas investigaciones, estudios y debates constreñidos a pequeños grupos que deben salir a la luz para reforzar la perspectiva culturalista de nuestra disciplina. Se había hecho mucha más geografía cultural en todo el país de lo que se conocía; ahora es el momento de afirmarla con rasgos que la individualicen convenientemente. En relación al bagaje teórico y la calidad de todas las contribuciones presentadas, apuntar que la rápida transmisión de las ideas en el mundo global en el que vivimos ha permitido a muchos estudiosos beber en las fuentes de la geografía cultural anglófona, francesa o de otros países alejados, sin necesidad de que en el propio territorio o departamento de referencia existiese un currículum en este ámbito del saber y un grupo previo de cultivadores del mismo. Este hecho debe hacernos reflexionar sobre los procesos de difusión contemporánea del conocimiento geográfico, sin duda muy diferentes a los de hace tan solo quince o veinte años.

El elevado número de contribuciones remitidas nos ha obligado a efectuar una dura selección de las mismas, hasta elegir un total de 16 y una reseña para configurar este monográfico. Las restantes, bien no se ajustaban a la temática estricta del número y a pesar de su indudable calidad han sido reconducidas hacia el próximo misceláneo del Boletín de la AGE, bien necesitaban una serie de retoques y deben aguardar a su publicación, también más adelante en esta revista. Por otra parte, el elevado contenido teórico de los artículos recibidos explica que un primer bloque dentro de este monográfico se dedique a los mismos.

Se comienza con una sucesión de contribuciones de grandes especialistas internacionales en geografía cultural, a los cuales invitamos a colaborar en el Boletín, y que en el tiempo establecido remitieron sus trabajos. Nos referimos a los artículos de P. Claval, Ph. Wagner, V. Berdoulay, D. Cosgrove y W. Leimgruber, los máximos exponentes actuales de las diferentes corrientes y escuelas nacionales de geografía cultural, a los que añadimos en esta primera parte el texto remitido por A. Clua y P. Zusman, que refleja la capacidad de la geografía española para formular una reflexión madura sobre la importancia de lo cultural en las formas de conocimiento en ciencias sociales de los últimos decenios.

Paul Claval, siguiendo su línea clásica de los últimos años, escribe sobre *La aproximación cultural y las concepciones geográficas del espacio*. En relación con este autor poco nuevo cabe decir, además de que hace algún tiempo se ha empeñado en impulsar la geografía cultural en Francia y en el seno de la Unión Geográfica Internacional (UGI), donde dirige un grupo de trabajo sobre esta temática. En su contribución, P. Claval repasa lo que ha significado la perspectiva cultural en los diferentes enfoques geográficos que se han sucedido en el último siglo y medio. Por su parte, **Ph. Wagner** constituye el mejor exponente del legado saueriano en la geografía norteamericana. Nos ha remitido el artículo titulado, *Cultura y Geografía: un ensayo reflexivo*, donde expone sus principales preocupaciones respecto a la necesidad de mantener y renovar una interpretación culturalista en los estudios espaciales y territoriales que se realicen.

La aportación de **V. Berdoulay**, titulada *Sujeto y acción en geografía cultural: el retorno inacabado*, contiene un fuerte sesgo epistemológico, de reflexión teórica. Esto es normal en uno de los máximos representantes a escala mundial del estudio historiográfico y crítico de nuestra disciplina. De hecho, este profesor de Pau dirige el grupo de trabajo de historia de la geografía de la UGI. Por lo que respecta al padre de la nueva geografía cultural, **D. Cosgrove**, nos ha remitido un artículo complejo, cuya traducción al castellano ha resultado difícil, pero que encierra un enorme conjunto de reflexiones, de ideas y enfoques nuevos sobre la interpretación del paisaje cultural. El título del mismo, *Observando la naturaleza: el paisaje y el sentido de la vista*, ya nos ofrece algunas claves de sus preocupaciones, de los temas que aborda en este trabajo.

Cerrando el elenco de autores extranjeros, y emblemáticos, que han querido colaborar en este monográfico del Boletín se encuentra el geógrafo suízo **W. Leimgruber**, líder del grupo de trabajo sobre marginalidad de la UGI. Partiendo de un profundo conocimiento teórico, con el bagaje que le otorga su doble formación geográfica de habla francesa y alemana, nos propone una serie de *Reflexiones sobre el papel de la cultura en geografía*. Unas reflexiones que aplica al ejemplo de diversidad e interculturalidad que representa perfectamente Suiza. En sexto lugar, y como última contribución a este primer gran bloque teórico, **A. Clua** y **P. Zusman**, nos han enviado la colaboración que lleva por título, *Más que palabras, otros mundos*.

Por una geografía cultural crítica. En su texto, se explicita la profundidad del debate que en clave de geografía cultural se ha desarrollado en la Universitat Autònoma de Barcelona. También, el nexo existente entre los principales enfoques de la teoría crítica contemporánea y los planteamientos de la geografía cultural.

Un ámbito de reflexión maduro en la geografía cultural española son las relaciones literatura-geografía. Sobre este tema se han presentado tres artículos que conforman una segunda parte diferenciada del Boletín. Se trata del estudio de N. Ortega en relación a Azorín, de J.M. Suárez Japón referido a Caballero Bonald y de F. Pillet al espacio del Quijote. **N. Ortega Cantero** nos habla de *Paisaje e identidad nacional en Azorín*, continuando con su tradicional línea de investigación sobre el pensamiento español de fines del XIX y comienzos del XX, la construcción de un sentimiento nacional moderno en nuestro país, y las implicaciones geográficas de todo este proceso. En este sentido, el acercamiento a la figura de Azorín resulta fundamental para interpretar la recreación en clave castellana de la identidad española. **J.M. Suárez Japón**, nos conduce hacia el sur, al valle del Guadalquivir, en su *Geografía y literatura en los escritos de viaje de José Manuel Caballero Bonald*. En esta aportación es tal el grado de identidad en la percepción del paisaje expresado por el geógrafo y el literato analizado, que en ocasiones resulta difícil diferenciar los planos de reflexión existentes en este artículo. **F. Pillet Capdepón**, nos plantea *De la ficción a la percepción. Del Quijote a La Mancha literaria*. La identidad manchega construida a partir de la monumental obra de Miguel de Cervantes, la construcción de un territorio que logra su afirmación plena a partir de la creación literaria y la evocación de La Mancha por otros escritores que la visitaron después de la consolidación del mito quijotesco.

El tercer agrupamiento que podemos realizar en cuanto a contenidos, relaciona geografía cultural y análisis regional. Aquí se integran los artículos de H. Capellà y J. Burgueño, elaborados desde una sensibilidad periférica, y defensores de la diversidad cultural y territorial. **H. Capellà** ha escrito *Los vínculos culturales. Una riqueza para la región*, donde formula un amplio planteamiento teórico sobre la necesidad de reivindicar las escalas intermedias en las aproximaciones culturalistas de la geografía. En la segunda parte del texto analiza un conjunto de comarcas limítrofes entre Cataluña, Aragón y Valencia, que ya habían sido objeto de investigación precedente por parte del autor. **J. Burgueño** remitió el artículo que lleva por título, *El mapa escondido: las lenguas de España*. Un magnífico estudio sobre la diversidad idiomática de nuestro país, en el que se retoma un tema escasamente tratado por la disciplina, fundamental para comprender la geografía de España. A lo largo de la lectura de esta contribución, se observa como la asunción de un enfoque culturalista en el análisis territorial hace posible interpretar el espacio en función del valor de sus lugares concretos.

La versatilidad de la aproximación cultural en geografía se constata en el contenido de las tres siguientes contribuciones incluidas en este monográfico. Así, desde una lectura en clave física, **P. Lozano**, **G. Meaza** y **J.A. Cardianos** retoman uno de los enfoques más clásicos de la geografía cultural en su *Paleobiogeografía cultural de la reserva de la biosfera de Urdabai (Vizcaya)*. La recepción de este artículo nos ha causado una gran satisfacción, por cuanto la unidad de la ciencia en la que nos encuadramos también se preserva desde una perspectiva culturalista. **P. Benito del Pozo** reflexiona sobre *Patrimonio industrial y cultura del territorio*, abriendo otra ventana temática en los contenidos de este boletín necesariamente diverso. La cualificación de determinados espacios que acogieron antiguas instalaciones

mineras y fabriles se consigue a partir de su reinterpretación en clave de legado cultural, de identificación de los lugares. **J.M. Albertos Puebla**, por su parte, reivindica el giro culturalista de la geografía económica renovada en el artículo titulado *Cultura, innovación y desarrollo local*. Una buena muestra de la geografía aplicada para el desarrollo a escalas muy concretas que se desarrolla desde el importante equipo de geógrafos de la Univesitat de València.

Para finalizar, dos nuevos trabajos se centran en la realidad urbana y actual de la sociedad de la información, y una reseña evoca la trayectoria profesional de F.J. Simoons. Por una parte, **J.I. Selfa Clemente** se ha interesado por *Los espacios de la cultura en las políticas de transformación urbana de la ciudad neoliberal*, fijándose de modo especial en los grandes contenedores construidos en procesos de renovación urbana del presente. Para su argumentación utiliza el excelente ejemplo proporcionado por Barcelona, que demuestra conocer en profundidad. Por otra, **X. Constenla**, un joven geógrafo gallego, plantea el binomio *Geografía cultural y geografía de la industria cultural en la postmodernidad flexible*. En su discurso se aprecian notables influencias de autores clásicos en el pensamiento espacial, como D. Harvey y F. Jameson. Para situar su reflexión teórica también recurre a un ejemplo urbano conocido, como es el caso de Santiago de Compostela. Por último, nuestro compañero F. Nadal de Barcelona ha traducido para este monográfico la semblanza que el profesor de Vermont **D.W. Gade** ha realizado sobre *Frederick J. Simoons, geógrafo cultural*. A este respecto, cabe destacar que la escasa tradición de geografía cultural en España se manifiesta en un generalizado desconocimiento de sus autores clásicos más representativos. Reseñas como la de D. Gade nos ayudan a superar estas carencias.

El trabajo de planteamiento de temas, la defensa de la necesidad de un monográfico sobre geografía cultural y el complicado proceso de selección de artículos han marcado la confección de este monográfico. Agradamos que el deseo de despertar el interés por el enfoque culturalista en la geografía española se haya cumplido. Sólo nos resta recordar que para la edición de este número del boletín fue necesaria una dedicación suplementaria de Natalie Cano y Dolores Rodríguez Calo en las traducciones de originales remitidos en francés e inglés, y que la ordenación interna del trabajo se consiguió gracias al esfuerzo de la investigadora de la Universidade de Santiago, Anxos Piñeiro.

Hugo Capellà i Mitermique

Rubén C. Lois González

Coordinadores del Número

Barcelona-Santiago de Compostela

Marzo de 2003